¿El Islam y la Iglesia son hermanos?

Las dos religiones creen en un sólo Dios y buscan la paz

Por: P. Llucià Pou Sabaté / Archidiócesis de Madrid | Fuente: Catholic.net

En Europa se ha pasado de la presencia de musulmanes a la presencia del Islam, es decir, de ser unos inmigrantes han pasado a ser una cultura

¿Qué significa esto, una invasión? ¿Hemos de acogerlos o tenerles miedo? ¿Van a conquistarnos con hijos? Son algunas de las preguntas que se hacen en los medios de comunicación. Al ver cómo viven en los países musulmanes, salen a la luz cosas preocupantes.

Estos meses hemos tenido noticias de diversos tipos de fundamentalismo islámico: Argelia desarrolla una hostilidad feroz ante los que no piensan como ellos. En las islas Molucas hay un proceso de islamización brutal, con miles de muertes y una intolerancia que lleva a la tortura. El Gobernador de Ambon, Saleh Latuconsina, responsable del Estado de Emergencia Civil de las Molucas, ha reconocido que "es innegable que en Keswui y Teor está sucediendo una islamización forzada". Y los ejemplos podrían multiplicarse.

Muchos tienen miedo a esa "islamización" en nuestros países

Como dice "Alfa y Omega" en un reciente número, *"El Islam* —en España su presencia aumenta de día en día— *ha plantado sus raíces en Europa".* Ya no son algunos inmigrantes, sino que tenemos el mismo sistema cultural, religioso del Islam.

Han sido famosas las declaraciones del arzobispo de Bolonia, sobre la manera de integrarse de esas personas que llegan a una cultura milenaria y a una civilización, se les pide que tengan sensibilidad y no sean arrogantes en imponer sus formas, que es lo que se critica del colonialismo europeo en los países de conquista: no llegan a un desierto que pueda modelarse a su modo sino que han de respetar una historia y tradiciones, un patrimonio "de humanismo y de civilización que no se debe perder". En la unión europea viven "oficialmente" más de una docena de millones de musulmanes, y hay quienes no esconden su espíritu de conquista a través de los hijos, como decía una mujer a un conocido mío, señalando el niño que llevaba dentro: "os conquistaremos así".

Sin embargo, es preciso que nos convenzamos de que todos los hombres estamos unidos, formamos una familia

Éste es el sentido profundo de la fraternidad: creados a imagen de Dios, todos los hombres tenemos la misma radical dignidad, somos dignos de ser amados (amables). Y quizá las fronteras entre los países no sean más que un invento artificial (otra cosa es el amor a la patria). Las personas que no tienen tierra tienen derecho a ir a la tierra que no tienen personas; es decir los que no tienen medios para desarrollarse pueden ir a dónde hay más medios para ejercer su libertad de trabajar y formar una familia.

Además, hay un problema de fondo y es que no se ha ayudado a la cultura y el

desarrollo de esos pueblos, creando marionetas que los gobiernen en manos de las grandes potencias mundiales. Es preciso una educación en la solidaridad; que con la globalización implica una determinación firme y perseverante de empeñarse en el bien común de toda la humanidad; de todos y de cada uno, todos somos verdaderamente responsables de todos. Y no ver nunca al 'otro' como un instrumento de explotación a poco coste, dice el Concilio Vaticano, "abandonándolo cuando ya no sirve, sino como un 'semejante' nuestro, una ayuda, para hacerlo partícipe, como nosotros, del banquete de la vida al que todos los hombres son igualmente invitados por Dios".

Hemos de preocuparnos de que muchos que no alcanzan el mínimo de bienestar no pueden pensar en bienes de tipo cultural o espiritual, y puede pasar que pierdan entonces su dignidad, y embotados no disciernan el bien en algunos aspectos; también somos en parte responsables de estas actitudes.

Las taras del mundo nuestro en este sentido son múltiples, como el paro, no dar primacía a la persona encima del trabajo, el afán exclusivo de lucro a cualquier precio, o dejar improductivos los capitales... Sin duda, una de ellas es la hipocresía en la cuestión internacional de ayuda a los países hace a las potencias más desarrolladas responsables de tantas cuestiones.

Del respeto hacia las personas nacerá una cultura para el diálogo

En medio de nacionalismos que dividen (y que tienen dentro un cierto poder de centralismo en detrimento de los modos culturales de cada pueblo, comarca, etc.) hemos de trabajar con esta confianza en el hombre y pensar que la diversidad de culturas diversas es riqueza. El Papa ha invitado recientemente a aceptar "el reto de la multietnia, a no cerrar las puertas del corazón", y buscar "una integración respetuosa, en la legalidad, pero también en la acogida". Es hasta irónico que los creyentes del mismo Dios se maten entre ellos, siendo hijos de Abraham (judíos, moros y cristianos).

Las Naciones Unidas han proclamado el 2001 como Año Internacional del Diálogo entre las Civilizaciones. Cada uno de nosotros está llamado a favorecer este diálogo en sus diferentes aspectos, de modo que se puedan apreciar los valores de las otras culturas y de las otras religiones. De manera que hay dificultades, pero no hay que exagerarlas y mucho menos verlas desde la xenofobia o el egoísmo, sino que son obstáculos reales resolubles, problemas que pueden solucionarse, cuando hay un clima de valores humanos se puede trabajar desde esta educación para la concordia basada en la dignidad humana.

Sin el reconocimiento auténticamente religioso de Dios, la tolerancia, el respeto, el diálogo y la fraternidad entre los hombres no son más que máscaras que terminan por caerse. Por el contrario, la religión auténtica, que en Cristo se ha mostrado en su plenitud, como nos recordó el Concilio Vaticano II, es fuente constante de humanidad, y el único camino para superar barreras y enfrentamientos entre los hombres.

Cristianos y musulmanes nos hemos comprendido mal generalmente, y algunas veces, en el pasado, nos hemos enfrentado e incluso combatido con polémicas y con guerras. Yo creo que Dios nos invita hoy a cambiar nuestras viejas costumbres. Estas palabras de Juan Pablo II al rey Hasan II, de Marruecos, en Casablanca, hace ya 15 años, siguen siendo válidas hoy, a la hora de establecer las más eficaces relaciones entre cristianismo e Islam. Más aún, el propio Pontífice daba ya entonces la clave para buscar el camino de la necesaria comprensión mutua:

Tenemos diferencias que hemos de aceptar con humildad y respeto; hay en esto un misterio sobre el que Dios nos iluminará un día, estoy seguro; Dios no puede nunca ser utilizado para nuestros propios fines, pues está por encima de todo.

Con turbante o con corbata, un mundo sin Dios, necesariamente, es un mundo contra el hombre. Si los países islámicos necesitan la religión auténtica, no menos la necesita Occidente. Archidiócesis de Madrid

Entre el cristiano y el musulmán ha cambiado el motivo del encuentro. Quien aún no lo crea mire al Papa, un nuevo cruzado que viste de blanco sentado entre judíos y musulmanes; hablando del mismo Dios y proponiendo un proyecto de paz entre todos. Precisamente en esa tierra tan regada de sangre se reencuentran estas dos religiones que creen en un sólo Dios, que tienen el mismo padre, Abraham. Sí, el Santo Padre nos convoca a una nueva cruzada, a una cruzada de paz.